



UNA MIRADA A LA PROBLEMÁTICA MORAL EN COLOMBIA¹



Tomás Sánchez Amaya*

Recibido: 29 de Junio de 2009

Aprobado: 25 de Julio de 2009

Resumen:

El presente artículo tiene como objetivo realizar un análisis a cerca de algunos problemas éticos presentes en la sociedad colombiana. Para ello, se tendrán en consideración algunos acontecimientos que marcaron el siglo XX y que tuvieron consecuencias en las coyunturas y dinámicas de nuestra sociedad, con ello podemos situar la problemática en el país; luego nos detendremos en algunos aspectos específicos que caracterizan y configuran las relaciones y acciones sociales de los sujetos que aquí habitan; por último se hará un esfuerzo por dejar planteadas posibles soluciones al respecto, a sabiendas de lo utópico que ello puede resultar.

Palabras clave: ética, moralidad, vacío ético, contexto nacional, responsabilidad moral, ética universal, moral particular.

Abstract:

The present document has as intention to approach an analysis to near some ethical problems presents in the Colombian society. For it, there will be had in consideration some events that marked the 20th century and that consequences had in the conjunctures and dynamics of our society, with it we can locate the problematics in the country; then we will detain in some specific aspects that characterize and form the relations and social actions of the subjects that here they inhabit; finally an effort will be done for stopping raised, possible solve in the matter, with the knowledge of the utopian thing that it can prove.

Key words. Ethics, morality, ethical emptiness, national context, moral responsibility, universal ethics, moral particular.

1. Este trabajo, es producto de las reflexiones desarrolladas en la Cátedra de Ética, Departamento de Humanidades-Universidad Santo Tomás, Bogotá, como esbozo de fundamentación teórica acerca de los vacíos éticos imperantes en Colombia.

* Doctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, Universidad de Manizales-CINDE, docente Departamento de Humanidades. Bogotá, mayo de 2009. Participan en esta reflexión: Andrea Muñoz Sarmiento, estudiante de la Facultad de Sociología; Julieth Marín Bermúdez, Lizeth Páramo Martínez, Ingrid Pedraza Barreto, estudiantes de la Facultad de Comunicación Social.

ESBOZO DE UNA PROBLEMÁTICA HISTÓRICA

“Si en estos últimos siglos de historia hemos perdido una oportunidad, ha sido la de construir una historia en la que el hombre fuera protagonista, en lugar de ser un nuevo condenado”. (Ernesto Sábato, 1998)

El siglo XX, estuvo signado por dos guerras mundiales y una guerra fría, por la adopción –en el mundo occidental– del neoliberalismo y por la denominada segunda revolución industrial, la globalización; a este panorama se sumaron las nuevas tecnologías de comunicación e información, que convirtieron el mundo –al decir de McLuhan– en una aldea global. Todo ello operó sobre el trasfondo de la ideología de un progreso para todos, basado en la igualdad de derechos y de oportunidades; sin embargo, los anhelos del bien común y del progreso universal se ven amenazados al hacerse evidente que este discurso, como muchos otros, no pasa de ser más que palabras y que por todas partes se anteponen intereses individuales (o de pequeñas minorías) a los de las colectividades.

En varios países de América Latina hace presencia, en la segunda mitad del siglo XX, un fenómeno político caracterizado por fuertes dictaduras que van dejando a su paso, una oleada de muerte, guerra y dolor. Sólo por nombrar algunos ejemplos, vemos cómo en Argentina (décadas de los 70 y 80) se vivió una época de inmensa inestabilidad política en la que instancias militares asumieron el poder y el control sobre la sociedad; caso parecido –y por la misma época– ocurrió en Brasil, hasta la elección de su primer presidente civil (1985); los militares Barrientos, Ovando y García Meza, acecharon a Bolivia desde 1964 hasta 1982, con pequeños periodos de interrupción; Augusto Pinochet en Chile derrocó a Salvador Allende en 1973; en Uruguay, Gregorio Álvarez estuvo al mando del régimen desde ese mismo año; Colombia, de 1953 hasta 1957, estuvo bajo el mandato de Rojas Pinilla (Cf. Chaves, s.f.).

Estos hechos, entre otros tantos que han tenido elevada resonancia tanto a nivel regional como global, han obligado a las sociedades a la organización de entidades que propendan por el respeto de los derechos de todos: de las niñas, de los niños, de las mujeres y de los hombres; por ello, se ha establecido como imprescindible una vigilancia entre países y una sanción para quienes incumplan lo pactado. Tales demandas han hecho evidente una falta de interiorización de normas y pautas de conducta que garantizara el bien común, tanto al interior de cada Estado, como fuera de ellos y entre países. Muchos seres humanos dejaron de sentirse a salvo en su territorio, tampoco tuvieron un lugar seguro donde poder escapar; las puertas, según señala Bauman, poco a poco se fueron cerrando, tanto fuera de un país como en el propio: “los refugiados se encuentran atrapados entre dos fuegos; más exactamente en una paradoja. Si bien se los expulsa por la fuerza [de su lugar de origen], o se les atemoriza para que huyan, no se les permite la entrada a ningún otro” (2006, p. 143).

Sin embargo, no se puede desconocer que al mismo tiempo se han ido gestando –en todas partes del mundo– múltiples corrientes de pensamiento y acción que posibilitan la construcción de subjetividades políticas y morales; nuevos movimientos sociales (Touraine, 1997) que van tomando forma y cogiendo mayor fuerza en perspectiva de la construcción de una sociedad civil, con una ética propia. Estos movimientos han sido planteados como una vía dentro de la cual los individuos tienen la posibilidad permanente de incidir en la vida política, sin que el precio que se tenga que pagar por ello –al menos en un ámbito ideal– sea la vida misma. Una vía alternativa de tal talante, sería propicia para el contexto colombiano, dada la problemática (social, política, económica, ideológica...) que ha acompañado permanentemente nuestra historia.

1. LA PROBLEMÁTICA COLOMBIANA. APROXIMACIÓN

En la actualidad –en el mundo y en Colombia– se habla de una crisis de valores, de una falta de conciencia ética y de la ausencia de unos parámetros de moralidad que permitan el direccionamiento de las acciones de los individuos y las colectividades.

Para comenzar, es preciso dejar dos asuntos claros: el primero es que, a pesar de los debates que se han suscitado, no se puede hablar de una sociedad sin valores, ya que, como afirmaba Durkheim (1985), los hechos sociales son maneras de obrar, pensar y sentir exteriores al individuo, por lo tanto expresan la moral que la sociedad construye en sus miembros². El segundo asunto se refiere a la inquietud acerca de la legitimidad de los procesos sociales que llevaron a la configuración de la moral vigente –que hoy tanto se critica, con la que muchos no están de acuerdo y hasta culpan de las actuales crisis–. Este objetivo, sin embargo, supera nuestros propósitos, por lo tanto sólo lo dejamos planteado, señalando que es necesario saber las causas que llevaron a un proceso histórico- social, para poder analizar no sólo sus consecuencias, sino, además, plantear posibles soluciones, que como señala De Roux, se orienten hacia un cambio social:

Cuando un pueblo hace una propuesta de salir de la pobreza y de una situación de desigualdad y de violencia, si realmente es una propuesta seria, tenemos que plantearnos con claridad, cuáles son las grandes dinámicas que nos están destruyendo, tenemos que analizarlas en nuestro país, verlas en nuestras ciudades y nuestras regiones, y tenemos que enfrentar estas dinámicas con claridad y una gran determinación... (Cf. Peña, 2002, p. 97).

2. Si bien es cierto que las teorías de este autor han sido pensadas desde ámbitos y miradas diferentes, no significa con ello que se elimine la subjetividad de los individuos, antes bien, han de ser analizadas teniendo en consideración que dichas subjetividades han sido construidas en el seno de una sociedad determinada.

Colombia, en la actualidad atraviesa por graves problemas y de diversos órdenes, que repercuten en el reconocimiento (o mejor, en el no reconocimiento) de dignidad humana. El país, otrora adoptó el discurso del progreso y del desarrollo gestado en otros lugares del mundo, con condiciones sociales y una historia totalmente diferente, modelos que de cierta forma se adecuan a sus necesidades, no a las nuestras. Esas copias, sumadas a las condiciones sociales, económicas y éticas –las ajenas y las propias– enmarcadas bajo un contexto histórico-social, han hecho y hacen del país lo que es hoy.

La época de la Violencia de los años 50, cuyos antecedentes habría que rastrearlos muchos años atrás, produjo un conflicto cuyos ganadores fueron los dirigentes políticos de un bipartidismo sostenido por las oligarquías, por éstas y aquellos, el pueblo literalmente se sangraba; empero, los cuadros del poder, consiguieron la institucionalización del Frente Nacional en el año 1957, sustentado en un discurso de democracia con la única participación posible de dos voces cuyos intereses representados eran los de la clase dirigente (García, 1977). El Estado, entonces, siguiendo los planteamientos de Marx, era un Estado de clases, donde el bienestar común del pueblo se dejó de lado de forma legítima, para primar los intereses de los poderosos.

Años después, en respuesta a esta época de la Violencia –y a las formas ¿legítimas? de gobierno– nacieron las guerrillas y grupos subversivos, sin embargo, la oportunidad de una opción política legítima de estos se fue haciendo cada vez más lejana, en virtud, por ejemplo, del exterminio selectivo de dirigentes y militantes de la Unión Patriótica, a finales de la década de los 80 y comienzos de los 90. Estas circunstancias influyeron en la crisis que posteriormente vivió nuestra sociedad, en virtud del accionar de los grupos subversivos y paramilitares, que por acción u omisión del aparato estatal, han permeado el país e incidido en los diversos procesos sociales que se han llevado a cabo.

En la Constitución de 1991, el país entró en una nueva era, o simplemente continuación de la anterior. Gracias a la Carta Magna el Estado legitima su accionar –al menos en el discurso– toda vez que reconoce el multiculturalismo y la diversidad de cultos; se abren espacios para el reconocimiento de la diversidad de culturas que cohabitan en el país, al tiempo que se otorga un instrumental para que tuvieran voz y voto; asimismo, se opta por el modelo económico signado por el neoliberalismo. En este sentido podría hablarse de una modernización de la sociedad y del Estado, en su tarea de cumplir sus obligaciones propias, algunas de las cuales recuerda el teólogo Hans Küng: “de acuerdo con su constitución –el Estado– ha de respetar, proteger y fomentar la libertad de conciencia y religión, la libertad de prensa y de opinión, y todo lo concerniente a los modernos derechos humanos” (1992, p. 45); sin embargo, se observa una falta en el cumplimiento de estos objetivos y en la oferta de garantías y herramientas reales que posibiliten una vida digna, una libertad de ser y de hacer y una igualdad de oportunidades.

Estas, son sólo algunas de las variables necesarias de tener en cuenta al momento de abordar un análisis sobre los problemas éticos o morales vigentes en la sociedad colombiana y que de múltiples modos el Estado mismo, la sociedad, los procesos (económicos, sociales, educativos, culturales, religiosos y patriarcales), entre otras circunstancias, han permitido que se atente, también de muchas formas, contra la integridad y la dignidad humana. Diversos rostros de la violencia, física y simbólica, se observan hoy en nuestro país, de ahí la importancia de entrar a reflexionar sobre ello.

2. ALGUNOS VACÍOS ÉTICOS: ANÁLISIS

A continuación, analizamos de manera sucinta, algunas de las problemáticas éticas más relevantes que han afectado nuestras relaciones sociales, nuestras subjetividades y los procesos sociales que se viven en la actualidad. Es necesario, no obstante, aclarar

que la problemática ética es solamente una de tantas variables que influyen en las condiciones y circunstancias por las que atraviesa nuestra sociedad; no entramos, por tanto en discusiones sobre la importancia de ésta problemática, o la sobrestimación en relación son otras causas; asimismo, obviamos la discusión acerca de las diferenciaciones y semejanzas entre ética y moral, por cuanto no es este el objeto de análisis.

Indiferencia

Una primera problemática que a nuestro juicio entra a permear todas las demás y que de cierta forma las hace posible, es la indiferencia; indiferencia hacia los demás, hacia lo que le ocurre alrededor nuestro, cuando no percibimos o no queremos percibir la realidad o cuando los problemas no nos afectan directamente. Vivimos en un mundo donde las tecnologías permiten la inmediatez de la información, donde las imágenes nos llegan desde diversos puntos y en ocasiones no tenemos tiempo de digerir toda la información que recibimos, no podemos entrar a interpretar los hechos porque al momento llegan nuevos, quizá el objetivo de esta pululación de información, como decía Simmel (en 1903) muchos años antes de que el poder de los medios se hiciera evidente, es excitar los nervios durante demasiado tiempo provocando reacciones más fuertes –en el individuo– hasta que, finalmente, se vuelven incapaces a reacción alguna.

La indiferencia proviene de múltiples causas, el manejo de la información que realizan los medios de comunicación es tan sólo una de ellas; esta indiferencia, junto a otros factores, permite que seamos capaces de almorzar impávidos frente a la transmisión de un noticiero con todos los índices de violencia, muertes y masacres; que podamos pasar al lado de alguien que no ha comido en días y que sintamos que no es nuestro problema, o que haya personas que legitimen una forma de gobierno destinada a la guerra y orientada al exterminio de lo que no le sirve, o de cualquier pensamiento o acción que se le oponga.

Violencia

La segunda problemática que traemos a colación es la violencia, tanto física como simbólica; no solamente aquella que nos transmiten cada día, la que ocurre en los campos y ha generado miles de desplazamientos o la que se vive en las ciudades y que forja paulatinamente un sentimiento de inseguridad. También podemos hablar de la que existe en los hogares y en la esfera privada, la violencia contra mujeres y niños, contra los débiles, contra los animales, etc.

Si un aspecto genera debate ético y proclama la falta de moral, es la degradación del valor de la vida misma; cuando se pierde el respeto absoluto por la vida en cualquiera de sus manifestaciones, se puede llegar a un alto grado de inhumanidad; esto es por desgracia, pan de cada día en Colombia, tanto con la muerte de indígenas y campesinos, por ejemplo, como con la guerra que se genera a nivel mundial frente a una pantalla sin que los combatientes pongan en riesgo su vida.

Pero también está la violencia que no se dirige hacia la muerte, sino que sus formas se pueden hacer tan perversas que el cuerpo puede entrar a formar parte de estrategias de poder y disciplinamiento. Violencias ejercidas en el ámbito privado, legitimadas en el discurso de lo público bajo una moral que se ha construido socialmente para que tal cosa ocurra, como sucede con el desplazamiento forzado.

Sobre el tema de la violencia y el conflicto hay mucho que decir –y muchos ejemplos que poner– pero queremos mencionar sólo dos de sus consecuencias, el secuestro y la pobreza, que sin ser sus únicos móviles, han hecho presencia –en niveles considerables– en el seno de nuestra sociedad, en el primer caso directamente, en el segundo de una forma indirecta pero no menos generadora de múltiples formas de violencia.

Secuestro

El secuestro, es nuestra tercera problemática. No hace mucho tiempo, la gran mayoría de colombianos estuvimos frente a una pantalla presenciando la liberación de algunos secuestrados, recordemos aquí que los medios



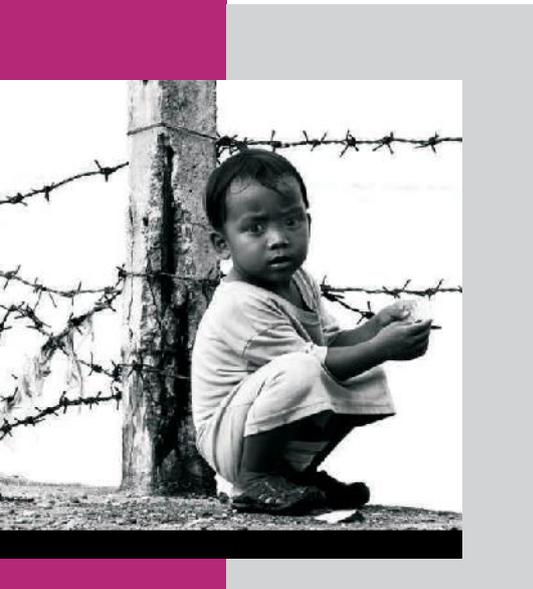
de comunicación, como señala Sartori (1998), tienen el poder de decidir qué se muestra y qué no, cómo se hace y los fines con que se visibilizan los acontecimientos. Por otra parte, éramos testigos de cómo se jugaba con los sentimientos de las familias que los esperaban y de todo un país; se manejó de tal forma la información, que lo que transmitían los medios parecía un espectáculo del que se esperaba un final feliz, con lo que garantizaba un alto rating. Ello nos recuerda que las diferentes formas de violencia pueden constituirse en un tipo de negocio para muchos. Podríamos entrar aquí a discutir qué clase de ética tenemos, o mejor, qué procesos han conducido a la constitución de una moral en la que se juega con el dolor ajeno, tanto de formas legítimas como ilegítimas.

El secuestro es un atentado contra la vida, contra el cuerpo que es privado de sus derechos y de su libertad, a la vez, es una violencia simbólica contra la familia porque queda en un estado de suspensión y, contra todos nosotros al implantar un miedo que se ha convertido en la justificación del discurso de una seguridad democrática llevada al extremo.

Pobreza

La pobreza, tiene múltiples causas, algunas de ellas son, por ejemplo, la indiferencia, la violencia, que hemos mencionado antes; la avaricia, la deshonestidad y la misma forma de gobierno, de lo cual hablaremos más adelante. Colombia ha presentado en los últimos años elevados índices de pobreza, alcanzando a un 64.8% de la población, según fuentes oficiales³. Es bien conocido por todos que la brecha económica se abre cada día más en nuestro país, donde la clase media tiende a desaparecer. Es necesario tener en consideración que la pobreza de un país y la de sus habitantes no sólo se mide por las posesiones, sino que también hay que analizar los índices de distribución de estos; así mismo, los niveles de producción de servicios, la industria y la explotación de materia prima, es decir, de los recursos naturales que posea el territorio. Esto en cuanto a los capitales

tangibles se refiere, sin embargo se escapan del análisis, aquellos que son considerados como bienes no tangibles y no contables, como por ejemplo, los que se encuentran basados en el desarrollo personal de los individuos, que comprenden el



3. Este dato lo reseña un informe de la Contraloría General de la República, en el que sostiene que "el índice de pobreza en Colombia alcanzó al 64,8 por ciento de la población, calculada en unos 40 millones de habitantes. "No sólo han aumentado los pobres sino que éstos son cada vez más pobres", revela el estudio del organismo estatal. El reporte oficial, fue corroborado con las cifras ofrecidas a mediados... por las Naciones Unidas en Bruselas (Bélgica), donde se afirma que Colombia bajó nueve puestos en el Índice de Desarrollo Humano mundial. Pasó del puesto 64 al 73" (Cf. RCN-Radio, s.f.).

nivel educativo, la esperanza de vida, la calidad del medio ambiente y todos aquellos elementos que no se encuentran destinados a la producción o la tenencia que existe en un territorio, sino a lo que se construye, incluyendo el capital social y cultural.

Con esto queremos decir que, tener un país con una inimaginable cantidad de recursos naturales, con una explotación constante y exhaustiva de los mismos, no da como resultado, necesariamente, que su población tenga unas condiciones favorables de vida. Un análisis exhaustivo de la cuestión muestra que es allí donde realmente radica la riqueza o la pobreza de un país, en el bienestar o malestar de su población, ya que en muchos territorios, como es el caso de Colombia, se tiene una diversidad de recursos, una producción continua de diferentes bienes y servicios y, unas ganancias que si bien, no son muy altas, sí son lo suficientes para subir la calidad de vida de la población en general; sin embargo, todos estos recursos, productos y ganancias se hallan concentrados en manos de un grupo muy reducido y, son ajenos, por la misma razón, a la inmensa mayoría de la población.

Avaricia

La referencia a la inequidad en la distribución de la riqueza, nos conduce a dos problemáticas relevantes en nuestra sociedad: la avaricia y la deshonestidad; estas problemáticas anómalas se tratan en un solo bloque dado que, si bien la segunda puede darse en múltiples ámbitos, la avaricia quizá no sea posible sin tener como supuesto la deshonestidad y una falta de sentido de responsabilidad hacia el otro.

La avaricia trae como consecuencia la concentración de la riqueza y la distribución de la pobreza (una inequitativa distribución de recursos). Los elevados índices de pobreza e indigencia latentes en nuestra sociedad dan cuenta de la enorme diferencia que existe entre los que poseen recursos de todo tipo y los desposeídos; así las cosas, el círculo vicioso generado (los ricos cada vez más ricos y los pobres cada vez más y más pobres)

imposibilita la creación de oportunidades reales para que estas condiciones varíen en perspectiva de mejoramiento.

Las oportunidades, son creadas con fines específicos y dirigidos hacia una determinada población; asimismo, la calidad y cantidad de oportunidades varían según quienes las vayan a aprovechar. Un ejemplo de ello se hace patente en las posibilidades de acceso a la educación superior, el ingreso a las universidades públicas más prestigiosas (y la consiguiente permanencia en ellas) ofrece mayores oportunidades a quienes han recibido una buena educación (generalmente ofrecida por colegios privados de élite); en contraposición con lo anterior es preciso resaltar el énfasis que se le ha puesto a las carreras técnicas, que se constituyen en opciones más asequibles para aquellos a quienes se les imposibilita el ingreso a tales instituciones. Cuestión similar habrá de decirse en lo relativo a lo que acontece con carreras de carácter socio-humanístico.

Falta de coherencia entre el discurso y la acción

El siguiente problema que planteamos –que en parte tratamos al principio del texto– es el generado por el Estado y por las formas actuales de gobierno; en el entendido que desde las prácticas gubernamentales se hace manifiesta una falta de coherencia ética entre el discurso que vehementemente se esgrime y las acciones que soterradamente se realizan.

Un fenómeno que ha generado gran conmoción pública –por las atrocidades cometidas y la impunidad generalizada– ha sido la parapolítica. Sólo mencionamos este caso, por considerar que muchos de los problemas aquí planteados se deben, entre otras causas, a una falta de estructuración que garantice un verdadero Estado de derecho, interesado en el bienestar de todos sus integrantes; esto se observa, en la deshonestidad de los agentes y en las prácticas ineficientes de las instituciones que

representan al Estado mismo, al seguir sosteniendo un discurso que se deslegitima en su accionar.

Discriminación

La discriminación junto a la intolerancia, son las problemáticas siguientes a tratar. Este punto se hace tan evidente en nuestro contexto que se hizo necesaria la implementación de políticas públicas y la realización de diversas campañas, con el fin de concientizar a la población acerca de la aceptación de la diferencia de los otros y de la viabilidad de vivir en una nación (o en una ciudad) sin indiferencia, en un mundo sin indiferencia; sin embargo, la ley no hace la buena costumbre, en el discurso, ello es posible, en la práctica, el asunto está en discusión.

Hace muchos años la lucha en diversas partes del mundo se hacía manifiesta en torno a la raza, en la actualidad el discurso ha cambiando y se habla de culturas; sin embargo, la lucha continúa, como se hace manifiesto en la organización valerosa de los movimientos sociales afrocolombianos y de indígenas. Hoy por hoy, nuevos sujetos han entrado en la esfera pública, exigiendo la realización de sus derechos como ciudadanos, por la concreción de la igualdad, el respeto fundamental y el reconocimiento de su dignidad; aquí podemos encontrar los movimientos feministas y los LGTB (movimiento social y político que pretende la reivindicación y la equiparación de los derechos de los homosexuales –lesbianas y gays–, bisexuales y transexuales con los heterosexuales), poniendo en duda y esperando entre riesgos que el sistema patriarcal vigente en esta sociedad ceda un poco de terreno.

Estos procesos no se dan por sí solos, sino que obedecen a diversas causas que incluyen una moral que palpablemente permite una discriminación y una falta de tolerancia frente a diversos grupos poblacionales; una moral que al igual que la sociedad machista y patriarcal, debe ceder terreno al reconocimiento de todos los seres humanos, sin ningún tipo de diferenciación.

Falta de construcción de la memoria histórica

Tenemos en consideración que la historia trae consigo una forma de acción social, imaginarios y representaciones con los cuales enfrentamos nuestra vida cotidiana y construimos nuestra identidad nacional.

Un lugar específico para la construcción de la memoria histórica lo constituyen los museos y los archivos, monumentos a la historia y a la memoria que al igual que los medios de comunicación, tienen el poder de decidir qué se muestra y qué no, qué se visibiliza y qué no, y de qué manera se hace; deciden qué fecha conmemorar, a quién rendirle tributo o dejar en el olvido. Los museos, y las exposiciones itinerantes, cuentan una historia –La Historia– y la construyen en tiempo presente, lo que les permite modificar el discurso a medida que las coyunturas van cambiando, otras necesidades se van imponiendo y nuevos sujetos entran en juego –o desaparecen–. Esto, es sólo un ejemplo de la construcción de memoria histórica que se realiza a partir de elementos que los grupos dominantes implantan, adecuándose a las dinámicas sociales actuales. En tal perspectiva, podemos traer a colación la conocida frase (atribuida a Napoleón): “quien no conoce su historia está condenado a repetirla”, sin embargo, también es necesario tener presente que en términos generales, como señala Brasillach “la historia sólo es escrita por los vencedores”⁴.

Falta de conciencia ecológica

La falta de conciencia ecológica es un tema que dada su trascendencia, está imponiéndose por todas partes; sin embargo, vemos como en

Colombia nos falta mucho para tener una verdadera conciencia de lo que aquí ocurre, ello se observa no sólo en la forma en que desperdiciamos recursos naturales, como el agua y el papel, sino, en ese consumismo desaforado que no responde más que al consumo mismo y que acrecienta el círculo vicioso entre producción y consumo, más allá de la satisfacción de las necesidades elementales.

Numerosas campañas se ponen en escena a nivel mundial, por ejemplo, la de apagar la luz por 15 minutos para dejar descansar el planeta. Nadie puede negar el bien que la concreción de tales programas produce y, el sentido social que tendrían de llegar a realizarse; no obstante, lo que se hace necesario es que todos cambiemos nuestros modos de comportarnos y de actuar en la cotidianidad que de una u otra manera atentan contra el planeta y que fácilmente se pueden transformar. Este habría de ser un compromiso diario y no tan sólo por el tiempo que determinen las campañas o las demandas de los medios de comunicación.

Luego del análisis somero de estas problemáticas éticas, se hace necesario el planteamiento de algunas posibles soluciones, asumiendo una responsabilidad tanto en el ámbito individual como colectivo, de modo que como integrantes de esta sociedad, estemos en condiciones de aportar nuestros mejores esfuerzos, pensamientos y acciones en la construcción de una moral social y colectiva que se extienda más allá de nuestras prácticas individuales e individualistas de moralidad.

La moral –o mejor, las morales– tanto individuales como colectivas se autoimplican y se enriquecen mutuamente e influyen de múltiples maneras en las acciones personales y grupales, como por ejemplo, cuando legitimamos algo reproduciéndolo o aceptándolo, pública o privadamente; así mismo, consideramos que es a partir de la propia experiencia que otorga la vida en comunidad, que se pueden crear estrategias (conceptuales, teóricas y prácticas) como instrumentales y herramientas que permitan

4. Pesquisas realizadas en algunas fuentes condujeron a los probables autores de las frases citadas, (Cf. Rosas (s.f.) y portal de Frases célebres, Citas, Proverbios, Dichos y Refranes en la Lengua Castellana), respectivamente.

generar un cambio social. Sin embargo, dejamos en claro, las implicaciones idealistas que ello trae consigo, sabiendo que el papel y el discurso lo aguantan todo, empero, como se ha pregonado reiteradamente, de los sueños de mujeres y hombres –de carne y hueso– se ha forjado el destino de la humanidad misma.

Cuando se dio inicio al análisis de las falencias éticas, se dejó esbozada la problemática de la indiferencia que consideramos como factor que atraviesa de manera transversal todos los problemas presentes en nuestra sociedad; de allí mismo parte, entonces, nuestra propuesta de solución. Proponemos dos posibles situaciones (soluciones) a la problemática moral. –Primera: una toma de conciencia frente a las diversas problemáticas que afrontamos cotidianamente, problemáticas que tienen que ver con la muerte, la pobreza, la violencia, el destierro, la intolerancia y, con otro cúmulo de males que aquejan a nuestra sociedad; estas circunstancias, demandan un análisis minucioso en diferentes esferas de la vida individual y social. –Segunda: que la puesta en escena de una responsabilidad moral –que implica, por demás, el reconocimiento y la valoración de los demás y de lo demás– no se alcanza sin poner en práctica lo primero, no es suficiente el mero análisis de aquello que nos afecta directamente; se demanda, asimismo, la acción decidida, orientada, intencionada, sopesada..., la acción moral, frente a las situaciones de las cuales nosotros también somos responsables, aunque se operen más allá de nuestro radio de acción inmediato.

En estas condiciones, cabría el cuestionamiento acerca de cómo salir de este aparente callejón sin salida, cómo superar el vacío ético que durante tanto tiempo ha hecho presencia en nuestra sociedad. Esta tarea, somos conscientes, en efecto no es fácil, dada la trama de condiciones y circunstancias que han hecho cada momento más compleja al situación. Diversos puntos de vista se han puesto en escena para abordar prolijos análisis relativos a la problemática moral; no pocas propuestas, asimismo, se han lanzado en la intencionalidad de construir una ética civil,

una moral social y comunitaria que tenga validez y vigencia y, que constituya, por su propia condición, un mecanismo de obligación entre todos los individuos.

El logro de tal intencionalidad solo será posible si se echa mano de aquellas propuestas morales que han intentado responder a las exigencias de una sociedad caracterizada por el pluralismo en una amplia gama de manifestaciones. Así las cosas, será perentorio prestar atención a algunas voces que desde diferentes perspectivas enuncian unas notas básicas de humanidad por las cuales, cualquier sociedad que se considere respetuosa de la dignidad de sus integrantes, habrá de apostar.

Una ética para una sociedad en conflicto, ha de invocar los principios elementales de civilidad; debe ser una ética laica, fundamentada en unos mínimos a los que cualquier ser humano pueda aspirar. Para satisfacer estos requerimientos se demanda la conjugación de los principios y valores básicos sobre los que operan propuestas éticas que se prefiguran en la perspectiva de encontrar salidas a la compleja problemática que acompaña a las sociedades actuales:

- Propositiones éticas que demandan un consenso ético básico a nivel mundial –por lo mismo susceptibles de aplicación en contextos locales– como las esgrimidas por Hans Küng, en cuya base se hallan el diálogo y el consenso entre las religiones. Diálogos inter-religiosos como los que se han evidenciado en múltiples latitudes, pueden señalarnos la importancia del abrazo fraterno, de la comprensión y de la tolerancia, más allá del sectarismo y del fanatismo.

- Éticas fundamentadas en el pathos y en el cuidado esencial, que trascienden la mera racionalidad y parten del reconocimiento de la condición afectiva, relacional y amorosa de los seres humanos; propuestas como las de Leonardo Boff, Nell Noddings y Carol Gilligan, entre otras, nos señalan un itinerario moral, posible de realización y que se ajusta a las condiciones de nuestra sociedad.

· Adela Cortina nos ofrece una interesante propuesta fundamentada en el reconocimiento del pluralismo moral y cultural característico de nuestras sociedades. Una ética de mínimos compartidos susceptibles de cumplimiento por parte de la totalidad de los sujetos que los pactan, en la medida en que su propósito es la realización del básico de humanidad permitido; esta propuesta se contrapone a una ética de máximos que propende por una moral individual superlativa, exigible para proyectos personales de vida y como horizonte de sentido deseable de realización personal.

· Si se trata de poner en práctica algo común que resulte del pacto colectivo, será necesario partir del reconocimiento de los demás como sujetos con igualdad de derechos, de obligaciones y de posibilidades de realización. Sujetos capaces de decir, de decidir y que tengan posibilidades de ser escuchado e interpelados en sus demandas y necesidades; sujetos que reconocidos como interlocutores válidos, tengan voz y voto en la constitución de los consensos éticos básicos. En tales ejercicios de construcción colectiva, propuestas como la de Habermas son de invaluable beneficio.

· Al momento de reflexionar sobre la utilidad y la practicidad de la acción ética tanto en la vida individual como colectiva, los postulados de una ética para vivir mejor por los que propende Peter Singer en varias de sus obras, son de igual modo, dignas de consideración.



· Las relaciones ética-religión-espiritualidad no podrán ser ajenas a la construcción de un consenso básico de moralidad entre los pueblos y entre los individuos; de esta manera, las reflexiones que desarrolla el líder espiritual

de los tibetanos –el Dalai Lama– constituyen insumos de importancia sustancial, toda vez que prescribe lo relativo al “arte de vivir en el nuevo milenio”, a la necesidad de vivir una vida digna de seres humanos, fundamentada en la práctica de virtudes elementales como son: la compasión, la contención, la paz interior, la paciencia, la prudencia, etc., virtudes básicas, de las cuales todos los seres humanos podrían ser capaces.

· Filosofías morales que propenden por la puesta en práctica del principio básico de responsabilidad individual pero que tiene dimensiones planetarias y universales, que parten en últimas, de la toma de conciencia de la condición relacional y dependiente de los seres que cohabitan el planeta, son entre otras tantas propuestas, filosofías morales que aportan insumos invaluable para la construcción de una propuesta que incluya a todos los seres humanos sin distinción, ni exclusión alguna.

En síntesis, una ética básica, consensuada, un ethos mínimo fundamental que reconozca la dignidad de los seres humanos, comportaría los insumos necesarios para la salida de este callejón, en el que como se dijo, aparentemente yace nuestra sociedad colombiana.

Una propuesta que satisfaga tales exigencias es una necesidad inaplazable para poder cambiar las condiciones sociales que han generado la actual crisis. La construcción de un proyecto nacional de moralidad no apela a mecanismos de coerción, cuanto al ejercicio racional, consciente, libre y voluntario de nuestra humanidad; como señala Remolina:

No es a través de la fuerza impositiva y coercitiva de un poder absolutista de derecha, de izquierda, o de centro; ni a través de una fuerza represiva —policiva o militar— garante de un "statu quo", como lograremos establecer un nuevo orden y salir adelante en la constitución de una sociedad auténticamente humana. Porque la fuerza física no es, ni de

lejos, una de las principales características del ser humano y de su vida en sociedad (Cf. Programa por la paz, 1991, p. 18).

A la reflexión de Remolina es preciso agregar, que no puede desconocerse el peligro que implica el enmascaramiento –amparado en procesos supuestamente democráticos– de ideologías soterradas que priman la seguridad al orden establecido y al respeto de las libertades individuales y colectivas, por tanto, ajenas al reconocimiento de la dignidad de las personas y de la inviolabilidad de la vida en todas sus manifestaciones⁶.

Finalmente, sabemos bien que la moral o la ética es una interiorización de normas y pautas de conducta, es actuar según lo que está socialmente establecido, es por ello que de nada serviría la formulación de códigos y leyes, mundiales o locales, que establezcan una ética con la cual vivir, ajenas a la toma de conciencia de la problemática social y de la responsabilidad de nuestras acciones. La formulación de unos mínimos elementales de comportamiento moral, debe estar permanentemente acompañada de procesos sociales, que permitan la apropiación de esa moral y con ello poderla llevar a la práctica.

Cerramos este apartado con las sentidas palabras de Francisco De Roux, a propósito de la descripción del problema ético y de sus visiones e ilusiones de solución (Cf. Peña, 2002, p. 100):

El problema ético, finalmente, se refiere a [uno] mismo como persona, es el problema de ser consciente con su propia conciencia, es el problema de ser auténtico con lo que se siente

6. Pueden, en efecto, llegar a ser mucho más coercitivas aquellas acciones que se realizan cuando entran en juego estrategias de persuasión, donde se apunta a una ideología, y se puede llegar a la instauración de una moral que legitima la agresión contra otro; casos como estos, la historia del pasado y la actual, nos ofrece múltiples ejemplos.

en el alma para llevarlo a la práctica, es el problema de ser genuino con las pocas cosas que uno lleva en el corazón, que deben convertirse en acciones y ponerlas en práctica



A modo de Conclusión

Al llegar al término de este ejercicio, queremos señalar que si bien es cierto que estamos de acuerdo con que deben existir principios fundamentales que deben ser respetados y cumplidos por todos, como es el de respetar la vida (no solamente humana), es necesario tener claridad sobre las implicaciones que trae consigo hablar de una ética con validez universal. No es posible pasar por alto los procesos históricos y culturales propios. La cuestión radica en la búsqueda de la justa medida, por lo tanto, no se trata de dejarnos llevar por un etnocentrismo donde una cultura se valora sobre la otra, de tal forma que su ideología y principios son los que se imponen; tampoco, de dejarnos conducir por un relativismo radical donde todas las costumbres culturales se pretendan legítimas y en aras de tal legitimidad resulten imponiéndose. El camino, por lo tanto, es poder encontrar ese punto de mediación, donde ambos aspectos puedan combinarse: cada cultura tiene derecho

de ser respetada dentro de sus costumbres propias mientras no atente contra la integridad física y simbólica de las personas o de otras culturas.

Sabemos que el trabajo a emprender es arduo y complicado y que las resistencias hacia diferentes procesos ético-sociales se hacen cada vez más difíciles. Es posible también que a este mundo le sobren palabras y le falten más acciones responsables; sin embargo, queda la puerta abierta hacia la reflexión de que los

mejores hechos no son aquellos que se realicen con la cabeza, con esa razón que nos vendió, y con la cual se sustentó, la modernidad para llegar así a lo que se ha denominado como el desencanto del mundo, sino con el corazón, por más idealista que parezca tal objetivo; porque, finalmente, como señala Sábato (1998, p. 177): “sólo quienes sean capaces de encarnar la utopía serán aptos para el combate decisivo, el de recuperar cuanto de humanidad hayamos perdido”.





Referencias

- Bauman, Z. (2006). *La sociedad sitiada*. México; Fondo de Cultura Económica.
- Brasillach, R. (s.f.). Frases célebres, Citas, Proverbios, Dichos y Refranes en la Lengua Castellana. [Versión Electrónica]. Recuperado el 6 de agosto de 2009, de: <http://www.etcetera.com.mx/2000/366/mcr366.html>
- Chaves, M. (s.f.). Los dictadores en América Latina. [Versión Electrónica]. Recuperado el 20 de mayo de 2009, de: <http://www.monografias.com/trabajos13/mmndict/mmndict.shtml>
- Durkheim, E. (1985). *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Shaipire.
- García, A. (1977). *Colombia: esquema de una república señorial*. Cali: Editorial Cruz del Sur.
- Küng, H. (1992). *Proyecto de una ética mundial*. Valladolid: Trotta.
- PEÑA, B. (Compiladora). (2002). *Ética y Bioética*. Memorias Cátedra Manuel Ancizar. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Programa por la paz. (1991). *Colombia: una casa para todos*. Debate ético. Bogotá: Antropos.
- RCN-Radio (s.f.). Índice de pobreza en Colombia alcanzó el 64.8%. Contraloría. [Versión Electrónica]. Recuperado el 12 de junio de 2009, de: <http://www.rcn.com.co/noticia.php3?nt=5128>
- Simmel, G. (1978). *Las grandes ciudades y la vida intelectual*. Barcelona: Barral Editores.
- Rosas, M. (s.f.). El síndrome de las ONG's. [Versión Electrónica]. Recuperado el 6 de agosto de 2009, de: <http://www.etcetera.com.mx/2000/366/mcr366.html>
- Sábato, E. (1998). *Antes del fin*. Bogotá: Casa Editorial El Tiempo.
- Sánchez, T. (2008, segundo semestre). Éticas del cuidado: otras alternativas para la sobrevivencia. En *Revista El Sol de Aquino* No. 6. Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- Sartori, G. (1998). *Homo Videns, la sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus.
- Touraine, A. (1997). *¿Podremos vivir juntos?* México: Fondo de Cultura Económica. 2000.

